

Prot. N. 735/10/L

9 de octubre

Beato Juan Enrique Newman, presbítero

Memoria

Del Común de pastores: para un pastor

Oración colecta

Oh Dios, que diste al beato Juan Enrique, presbítero,
la gracia de seguir tu amable luz
y encontrar la paz en tu Iglesia;
concédenos, por su intercesión y ejemplo,
pasar de las sombras e imágenes
a la plenitud de tu verdad.
Por nuestro Señor Jesucristo.

9 de octubre

Beato Juan Enrique Newman, presbítero

Memoria

Nacido en Londres, el año 1801, fue clérigo anglicano y miembro del comunidad docente el Colegio Oriel de la Universidad de Oxford durante más de veinte años. Su estudio a fondo de la Iglesia primitiva le llevó progresivamente hacia el Catolicismo, y en 1845 fue recibido en el “único redil verdadero del Redentor”. En 1847 fue ordenado presbítero y a continuación estableció en Inglaterra el Oratorio de San Felipe Neri. Sus prolíficos escritos sobre diversos temas relacionados con la fe y la Iglesia mantienen su influencia. En 1879, el Papa León XIII lo creó cardenal. Reconocido por su humildad, su incansable atención a las almas y su aportación a la vida intelectual de la Iglesia, murió en Birmingham el 11 de agosto de 1890.

Del Común de pastores: para un pastor.

Oficio de lectura

LECTURA SEGUNDA

De los escritos del Beato Juan Enrique Newman, presbítero

(Apologia pro vita sua. Capítulo 5: Mi postura doctrinal desde 1845, Madrid 1996, pp. 237, 238 y 247)

Como si hubiera llegado a puerto después de una galerna

Desde que me hice católico, por supuesto, se acabó la historia de mis opiniones religiosas, ya no hay nada que narrar. No quiero decir con esto que mi mente haya estado inactiva o que haya dejado de pensar en asuntos teológicos, pero no ha habido cambios de los que dar cuenta ni, en absoluto, ansiedad alguna en mi corazón. Mi paz y mi alegría han sido perfectas, y no he vuelto a tener una sola duda. Al convertirme no noté que se produjera en mí ningún cambio, intelectual o moral. No es que empezara a sentir una fe más firme en las verdades fundamentales de la Revelación o un mayor dominio sobre mí mismo. Tampoco tenía más fervor. Pero sentía como si hubiera llegado a puerto después de una galerna; y mi felicidad por haber encontrado la paz ha permanecido sin la menor alteración hasta el momento presente.

Tampoco tuve el menor problema en aceptar los puntos de fe que no están en el credo anglicano. Algunos ya los aceptaba antes, pero ninguno supuso un conflicto. Al ser recibido en la Iglesia hice profesión de todos ellos con gran facilidad, la misma que tengo hoy día en seguirlos aceptando y creyendo. Lejos de mí negar que todas y cada una de las verdades de la fe cristiana, tal como son interpretadas por anglicanos o católicos, rebosan por todos lados problemas intelectuales que, personalmente, me veo incapaz de resolver. Hay mucha gente especialmente sensible a problemas de tipo religioso. Yo mismo soy de esos, pero nunca he logrado ver la relación entre captar esas dificultades –con toda la pasión imaginable y con todas las ramificaciones que se les quiera buscar– y admitir dudas sobre la doctrina de que tratan. Tal y como yo lo veo, diez mil dificultades no hacen una sola duda; dificultad y duda son cosas heterogéneas. Pueden darse, claro está, dificultades al intentar probar la doctrina; pero yo me refiero a dificultades intrínsecas a las mismas verdades, o a la relación de unas verdades con otras. Uno puede enfadarse porque no consigue hacer la demostración de un

problema de matemáticas –le hayan dado o no el resultado– pero no por eso duda de que ese problema tiene solución o de que un determinado resultado es el que vale. Mi experiencia es que de toda la Revelación, la existencia de Dios es el punto que más problemas presenta y, sin embargo, es el que la inteligencia capta con mayor fuerza.

La gente dice que es muy difícil creer en la Transustanciación. Yo no creía en ella hasta que me hice católico. Pero no tuve el menor problema para creer en ella, desde el momento en que tuve fe en que la Iglesia Católica Romana es el oráculo de Dios y que ella ha declarado que esa doctrina es parte de la Revelación. Que es difícil, imposible de imaginar, eso lo concedo; pero, ¿qué es difícil de creer?

Hago profesión de creer la verdad revelada tal como la enseñaron los Apóstoles, tal como ellos la confiaron a la Iglesia, y tal como la Iglesia me la enseña a mí. La recibo, infaliblemente interpretada por la autoridad a quien se confió ese depósito de verdad, y recibiré igualmente cuanto esa misma autoridad interprete hasta al final de los tiempos. Además, me someto a la tradición de toda la Iglesia, que es donde reside la materia de esas nuevas definiciones que ella hace, aplicación e ilustración del dogma católico ya definido. Me someto también a las otras decisiones, teológicas o no teológicas, que la Santa Sede pueda tomar a través de sus diversos órganos, que se me presenten –sin que importe su infalibilidad– con la mínima intención de que las acepte y obedezca. Hay que tener en cuenta también que a través de los siglos, la teología católica ha ido adquiriendo formas bien definidas y se ha convertido en una ciencia, con su método y su lenguaje propios, bajo la influencia intelectual de cabezas eminentes como san Atanasio, san Agustín y santo Tomás, y yo no siento la menor tentación de hacer pedazos ese gran legado de pensamiento que ha llegado hasta nuestros días.

RESPONSORIO BREVE

Cf. Ef 3, 7.10; Jn 16, 13

R/. He llegado a ser ministro del Evangelio, conforme al don de la gracia de Dios que se me ha concedido por la fuerza de su poder. * Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora manifestada mediante la Iglesia.

V. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará a la verdad completa. * Para que la multiforme sabiduría.

Oración

Oh Dios, que diste al beato Juan Enrique, presbítero, la gracia de seguir tu amable luz y encontrar la paz en tu Iglesia; concédenos, por su intercesión y ejemplo, pasar de las sombras e imágenes a la plenitud de tu verdad. Por nuestro Señor Jesucristo.